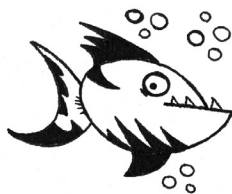


JENNIFER L. HOLM

EL PEZ 14
NÚMERO

Traducción de Sonia Tapia

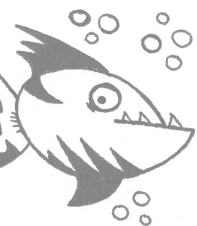
Ilustraciones de Gustavo Roldán



EDICIONES
INVISIBLES

1

Nemo



Cuando estaba en preescolar, tenía una maestra que se llamaba Starlily. Llevaba vestidos hippies teñidos de muchos colores y siempre nos traía galletas de cereales y lino que no sabían a nada.

Starlily nos enseñó a sentarnos quietos para merendar, a taparnos la boca para estornudar y a no comernos la plastilina, algo que casi todos los niños parecían considerar opcional. Y un buen día nos trajo a cada uno un pececito de colores. Los había comprado en una tienda de animales, diez por un dólar. Antes de mandarnos a casa con él, les dio una charla a nuestros padres.

—El pececito les enseñará a vuestros hijos el ciclo de la vida —explicó—. Un pez de colores no dura mucho tiempo.

Yo me llevé a mi pez a casa y le puse de nombre Nemo, como todos los niños del mundo que se creían muy originales. Pero resultó que Nemo sí era original.

Porque Nemo no se murió.

Incluso después de que todos los peces de mis compañeros se hubieran ido a la gran pecera del cielo, Nemo seguía vivo. Y seguía vivo cuando terminé preescolar. Y también cuando cursé primero. Seguía vivo en segundo, en tercero y en cuarto. Y por fin, cuando estaba en quinto, entré una mañana en la cocina y me encontré a mi pececito flotando panza arriba en la pecera.

Mi madre soltó un gruñido cuando se lo conté.

—Pues no ha durado mucho —comentó.

—Pero ¿qué dices? —exclamé—. ¡Si ha durado siete años!
Ella sonrió y dijo:

—Ellie, ese no era el Nemo original. El primer pez solo duró dos semanas. Cuando se murió, compré otro y lo metí en la pecera. A lo largo de los años ha habido un montón de peces.

—¿Este qué número era?

—El trece, el de la mala suerte —me contestó con expresión irónica.

—Todos tuvieron mala suerte —observé yo.

Organizamos un funeral para Nemo 13 en el váter, y le pregunté a mi madre si podíamos tener un perro.

